

# Páginas Ilustradas

AÑO II

Propietarios: Calderón Hermanos

Nº 65

Director, PRÓSPERO CALDERÓN

\* \* \*

## MEDALLONES SALVADOREÑOS



Chávez, Fot.

Señorita Victoria Ugarte

# Para la historia

*Editorial de LA GACETA, de 14 de este mes*

Es ya del conocimiento del público que en artículos en algunos periódicos norteamericanos, se da la noticia de que, á iniciativa del Gobierno de Panamá, ha habido negociaciones de unión entre aquella Nación y la de Costa Rica.

Por la trascendencia que tal hecho entrañaría, este órgano oficial se ve en el caso de hacer constar de manera terminante, que la referida especie es del todo inexacta. Nuestro Gobierno no ha recibido de parte del de la República del itmo, indicación alguna en dicho sentido, ni en ninguna forma se ha considerado el supuesto proyecto de unión; y, como nuestro Ministro en Washington se apresuró á manifestarlo por la prensa, apenas publicada la noticia, no es cierto tampoco que él hubiera tratado de averiguar allá la opinión en el asunto, del Departamento de Estado, ya que no hay siquiera un movimiento social que indique tal perspectiva como una posibilidad de realización más ó menos próxima, ni como una aspiración vigente en el sentimiento popular.

Entre los Gobiernos de Costa Rica y Panamá, aparte de las negociaciones habidas sobre la fijación de la línea fronteriza, no han existido, desde que esta última entró en el concierto de los Estados libres, sino las relaciones de cordial afecto que siempre han ligado á ambos pueblos y que nuestra República se esfuerza en cultivar con su hermana del Sur como igualmente las guarda con todas las naciones de su origen y de su sangre y con todos los países con quienes se trata con reciprocidad de acuerdo y armonía.

A propósito de la falsa noticia que hoy rectificamos, uno de los periódicos norteamericanos que la acojen, se ha permitido insinuar que Costa Rica pretende beneficiarse por la unión con Panamá, aún á cambio de su autonomía, con parte del oro que las obras del canal demandan del Gobierno de los Estados Unidos.

Ya nuestro Cónsul General en aquella República, Doctor Juan J. Ulloa, ha rechazado en términos dignos tan humillante y gratuita apreciación. Por lo que á nosotros toca, haremos presente que ninguno de los actos del Gobierno ó del pueblo de Costa Rica, en la actualidad ó en el pasado, autoriza á nadie para tildar á nuestra Nación de mercenaria; y que los sentimientos de amistad y respeto, ampliamente correspondidos de nuestro lado, con que la poderosa Nación americana ha distinguido á nuestro país, nunca los ha estimado Costa Rica por el provecho pecuniario que ellos pudiesen procurarle, y que en efecto nunca le han procurado, sino porque indican y ponen de manifiesto que la conducta seria y honrada del pueblo costarricense y su Gobierno, nos ha conquistado, no obstante nuestra pequeñez, el aprecio y la consideración de las naciones grandes y fuertes.



# ¡ARRIBA!

PARA AQUILEO J. ECHEVERRÍA

## En su resurrección

### I

Afuera, el vendaval . . . . . el cierzo impío;  
Adentro, en la buhardilla solitaria  
Duerme la bella musa,  
—La inspiradora del cantar florido  
Y la tierna plegaria,—  
En el rústico nido  
Formado de suspiros y canciones,  
Que ornara de crespones  
Con sus manos la niebla del olvido.  
Y la lira gentil de cuerdas de oro,  
La que diera en su día  
Dulcísimos acordes  
De juventud, de vida y de alegría,  
Dormita en un rincón abandonada  
Tiritando de hastío.  
.....  
Sueña tal vez con que la mano suave  
De su inconstante dueño  
Tornará á acariciar su áureo cordaje,  
Y ve quizás cuál surge de su ensueño  
El esquivo poeta,  
Erguida la cabeza pensadora  
La frente coronada de ilusiones,  
Mientras suena á lo lejos, triunfadora,  
La música discreta  
Del eco de sus últimas canciones.

### II

Afuera, el sol los horizontes dora,  
El rubio sol que nace  
Del sonrosado vientre de la aurora;  
Adentro, en la buhardilla  
Enantes solitaria,  
Canta la musa su cantar florido  
y su tierna plegaria,  
En el rústico nido  
Formado de canciones y suspiros  
Que el beso ardiente de la luz colora;  
Y el acento sonoro  
Brotó espontáneo y fácil  
De la lira gentil de cuerdas de oro,  
La lira enamorada,  
La que diera en su día  
Acordes de placer y de alegría.

### III

¡Ay, siempre igual! los pobres señadores  
Caminan, peregrinos de la idea,  
Esparciendo sus versos que son flores,  
Por el sangriento campo  
De la diaria pelea!  
¡Ay, siempre igual! En torno á los anhelos

Las mismas podredumbres,  
Los mismos lodazales;  
La mariposa azul del pensamiento,  
Arrastrada á lo lejos por el viento  
Con que la realidad bate las cumbres  
De los altos ideales.  
¡Ah, los poetas! Pobres luchadores  
Que saltan á la arena de la vida,  
Disparando sus rimas que son flores  
Contra el cálculo frío  
Do tiene el desaliento su guarida!  
Cuántas veces barrido por el viento  
Con que la realidad bate las cumbres  
De los altos ideales,  
Ruedan hasta el abismo  
Lleno de podredumbres,  
Lleno de lodazales,  
Donde yacen exangües y vencidos,  
Vertiendo amargo llanto,  
Todos los que maltrata el desencanto!  
Y luego se alza con audacia nueva  
Como en mejores días,  
Movidos por la fuerza que subleva  
El pensamiento, y á la cumbre lleva  
Las grandes energías!

### IV

¡Poeta!: el sol, el hijo de la aurora,  
Magnífico y garrido,  
Hoy con su luz tus horizontes dora;  
Y el cántico sabroso,  
De exquisita armonía  
De tu lira gentil de cuerdas de oro,  
Resuena ya cual resonara un día  
Cuando tu numen prodigó doquiera  
El atrayente hechizo  
De tus geniales versos, que son flores:  
El romance castizo  
De picarescos tintes salpicado,  
El filoso epigrama,  
El madrigal brillante y delicado.  
¡Arriba! á levantar esa cabeza  
De laurel coronada!  
¡Arriba! á levantar esa bandera  
Oculta entre la bruma,  
En la traviesa punta de tu pluma!  
Y nosotros, oscuros lidiadores  
En la humana estacada,  
Que damos á los versos, que son flores,  
Incomparable aprecio,  
A saludar con nuestro aplauso recio  
Ese fresco renuevo.  
¡Honor al bardo de joviales rimas!  
¡Hurra, al cantor del "Rebocito nuevo"!

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

# EL DODO

Esta paloma gigantesca, hoy perdida para el mundo de las aves, carecía de la facultad de volar, por la falta de uso de sus alas durante siglos consecutivos. Vivía en la pequeña isla de Mauritius, alejada del contacto con el hombre ú otros enemigos. La gran facilidad con que obtenía sus alimentos en aquella isla solitaria favoreció el voluminoso crecimiento de su cuerpo, atrofiando al propio tiempo sus órganos del vuelo, que jamás tuvo oportunidad de ejercitar en la tranquila vida de que disfrutaba.

Cuando los europeos exploraron el Océano Indico encontraron gran cantidad de estas palomas, que medían 66 centímetros de altura, á juzgar por los esqueletos que actualmente se conservan; no pudiendo

defenderse por su ineptitud para volar, se las destruyó rápidamente usándolas como alimento apetecido; por otra parte, los cerdos, perros y gatos introducidos más tarde en sus dominios, pronto acabaron con los últimos representantes de la especie

Ya á fines del siglo XVII no quedaba un solo ejemplar vivo de estas aves; su memoria se ha conservado por algunos esqueletos y dibujos hechos en aquella época. La fotografía que publicamos procede de una pintura del natural hecha en Holanda por Roeland Savery, y que se halla en el Museo Británico de Londres.



EL DODO (Didus ineptus)

A. ALFARO

---

No fueron solo 300 espartanos los que defendieron el desfiladero de las Termópilas, sino siete ó doce mil griegos.

El contingente de Esparta fue de 300 hombres y éstos no se batieron mejor que sus camaradas de los otros estados de Grecia.



# Episodios Históricos

UN GRAN CORAZON

Durante la Revolución Francesa, Olimpia de Gouges, que como Lope de Vega, dictaba una tragedia por día, se declaró republicana con motivo de la fuga de Luis XVI á Varennes, considerando aquel acto de suprema debilidad de la Corte, como una traición á la patria. Antes había sido realista y volvió á serlo en los aciagos días del 93.

Perseguida en cierta ocasión por un grupo de descamisados, uó hombre brutal, agarrándola por los cabellos, gritó:

—¿Quién quiere la cabeza de Olimpia por quince sueldos?

—Amigo mío, respondió dulcemente la ultrajada, me quedo con ella por treinta.

Y sacando su portamonedas, pagó al hombre; la turba se echó á reír, y ella siguió tranquilamente su camino.

Iba á entregar al comité del empréstito patriótico el producto de uno de sus dramas, con que se había suscrito.

Con aquel motivo Bernardino de Saint-Pierre le escribió una carta diciéndole:

«Sois un ángel de paz.»

Durante el proceso del rey, solamente ella y el anciano Malesherbes se atrevieron á ofrecerse como defensores del abandonado Luis XVI, sabiendo que con aquel paso sellaban su sentencia de muerte.

Rechazada por la Convención con motivo de ser mujer, Olimpia rugió desde la barra.

—¿Cómo?..... Nosotras tenemos el derecho de subir á la tribuna, puesto que también subimos al cadalso!

Quando le llegó su turno, la célebre improvisadora hubo de pasar por una prueba terrible; su hijo.... el hijo de sus entrañas, renegó de ella ante el tribunal revolucionario.....

Subió, sin embarazo, al patíbulo, con la frente erguida y la sonrisa en los labios.

Al presentar su cabeza al verdugo para recibir el golpe de la guillotina, exclamó dirigiéndose á los mozos:

—«Enfants de la patrie; vous vengerez ma mort.»

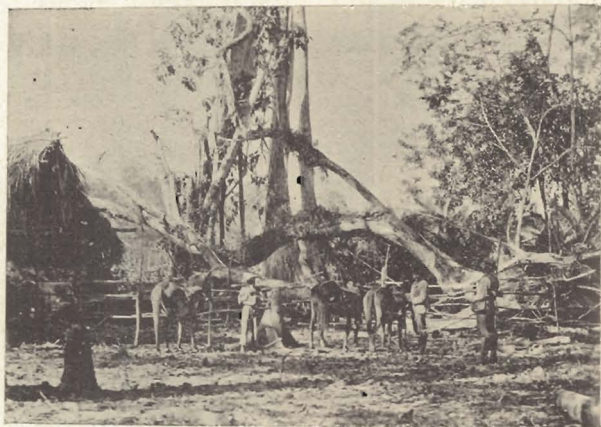


Fot. Paynter

Señorita Isabel Montealegre

# Locura de un gran poeta

La morfina acaba de hacer una nueva víctima. Un gran poeta, el más grande, tal vez, de la Francia contemporánea, Laurent Tailhade, se ha refugiado en un hospital de París, huyendo de sus delirios. La prensa, en un principio, habló de locura y de manicomio. La familia ha rectificado, diciendo que no se trata de enagenación mental, sino de morfomanía aguda. Esta tiene la ventaja de dejar esperanzas de curación. Otros han pasado por ese infierno y han vuelto á la vida normal. El ejemplo de Mirbeau consuela á los amigos de Tailhade. El autor del *Jardín de los Suplicios* en efecto, fué, durante largo tiempo, uno de los más terribles fumadores de opio. Un amigo le había traído de Asia un traje chino y una pipa. «Para curiosidad», murmuró. Pero la sensación fué tan grata, que no pudo resistir al deseo de continuar.



Fot. del Prof. R. Ridgway

Embarcadero de Pigres

Y así, vestido de mandarín, embriagándose con el humo deletéreo, permaneció cerca de un año encerrado. Sus amigos lograron al fin ponerlo en cura. Hoy su vida es la más regular del mundo y su salud la más envidiable. Pero por uno que se salva, ¡cuántos perecen! A cada momento, en los barrios de artistas, en el viejo Barrio Latino ó en el modernísimo Montmartre, la noticia circula por los cafés. «¡Uno más!» Tres días antes todos le habían visto animado, decidior, lleno de ensueños raros, con los ojos ojerosos y las mejillas hundidas. «Lo encerraron ayer—dice alguien—y murió hoy delirando». Los poetas pobres, los artistas que necesitan consuelos, las mujeres que quieren olvidar, se van así, uno á uno, hacia los «paraísos artificiales».



# Bohemia

Para *Páginas Ilustradas*

En la Opera de Giacomo Puccini, la melodía lo abarca todo. Desde la inmensa embriaguez que exhalan la alegría y el dolor, hasta la pasión que estalla y luego se esfuma en notas suaves que marcan los dulces alelteos del amor. En las notas que cantan en la orquesta resuenan todas las voces de las pasiones humanas, el frío del cuerpo, que no vale nada, si lo calienta la mujer amada con sus soplos de pasión inquieta y verdadera; las tristes pobrezaas del hambre y de los días sin pan, mientras haya un solo rayo que nos caliente y nos haga soñar con nuestros ideales de artista, con el amor de nuestra pálida Mimí, ó los alegres cantos de Musette; y de nuevo las sonoridades de la orquesta parecen imitar los ayes y las inquietudes del amor, y todas aquellas melodías muestran las ansias de aquellos cuatro bohemios en lucha siempre por sus ideales, irrealizables por las miserias terrestres de no tener en sus manos un puñado de dinero, y esto les produce un frío en el alma, mucho más intenso que el frío del invierno en sus huesos. Luego viene una melodía apasionada y triste, que monta al cielo como vaporosas nubes de estío, como las llamas del sol que todo lo inundan con su resplandeciente luz, y es aquella en que Mimí canta al amado de su corazón, al poeta de los tiernos madrigales y de los sonetos de fuego, su casta y blanca vida: "Me llaman Mimí, pero mi verdadero nombre es Lucía. ¡Que sencilla es mi vida! Desde por la mañana hasta la noche, mi ocupación es bordar rosas sobre la aristocrática seda ó el burgués satín. Amo todas aquellas cosas bellas que me hablan de amor, primavera y juventud. ¡Que no son nada más, que sueños, quimeras y fantasías! Qué me importa, si son las poesías que cantas tú. Estoy loca! Por qué me llaman Mimí?, no lo sé;" y las notas de la orquesta, cantan, gimen á modo de sollozos, se revuelcan en contorsiones de dolor, en espasmos de dicha, surge una como pasión comprimida, que estalla, que se disuelve en vida y en amor; en cuanto de noble y bello hay en este mundo, pues aunque tiene sus sombras y sus tristezas, también tiene claridades de meteoro que pasa por la atmósfera, y que aunque sea tan sólo por un momento, nos ilumina, nos muestra el cielo estrellado, los espacios siderales con la eterna armonía de los mundos, que como puntos brillantes, lucen allá arriba, en lo infinito, allá, donde está escondido el ideal, que no hay para qué buscarlo aquí en la tierra.

*Octubre de 1905*

FRANCISCO E. FONSECA

El 15 de Septiembre



MIEMBROS DEL LIMÓN SPORT-CLUB Y DEL CLUB  
DE COMPETENCIA, EL 15 DE SEPTIEMBRE



# n Puerto Limón



ARRICENSE, QUE TOMARON PARTE EN LOS JUEGOS  
NUESTRO PUERTO DEL ATLÁNTICO

# Mujeres de Ibsen

*A la distinguida señora Ester de Zeledón*

SVANHILDA

*(Comedia del Amor, 1868)*

En un ambiente saturado de pasiones bajas ha crecido la joven Svanhilda, quien se queja de la existencia que arrastran todas aquellas mujeres, amigas suyas, en cuya compañía tiene que encontrarse á todas horas.

Ella ha vivido como extranjera en la casa materna, ha estado siempre triste en medio de tantas personas que ríen siempre; se siente sin fuerzas, completamente abatida al considerar los ideales que acariciaban aquellos asiduos amigos de su madre.

No vislumbra la verdad en ningún sitio, se marea con el incienso mutuo que entre sí se prodigan sus compañeros, está convencida de que



Fot. Rudd

Escena costarricense en el campo

es aquel ambiente mísero el que engendra tantas cosas falsas, y en sus sueños desea encontrar un sitio purificado por la brisa de la sinceridad; su pecho no quiere vivir oprimido por el corset de las conveniencias sociales, á su voz dulce y sonora no le agrada formar parte del coro de la mayoría ignorante y esclava: y es por eso que siente la nostalgia de un mundo en el cual haya una existencia digna de ser envidiada y una suerte que merezca ser compartida.

Sólo ella comprende las ideas bellas que expone el escritor Falk. Cuando él, después de ser despreciado por los que eran sus amigos,



exclama: «ya soy libre, me he deshecho de esas mentidas afecciones que me rodeaban». sólo Svanhilda permanece á su lado.

El escritor creyéndola igual á los demás le dice señalándole el sitio por donde han desaparecido su madre, sus tías y sus amigos:

—Señorita, es por ahí por donde hay que ir. Ella le responde con orgullo:—Sí, pero mi ruta no es la misma, yo no aumentaré el número de las personas que os abandonan porque decís la verdad. Y luego le confiesa que si él está dispuesto á combatir las mentiras que arruinan la existencia moral de las sociedades, ella estará á su lado, dispuesta siempre á prodigarle sus consuelos y sus frases de aliento.

Cuando él le pide su amor y le exige un juramento, ella sabe mostrarse digna recordándole que la libertad es el más bello de los tesoros y que la dicha no necesita apoyarse en un juramento para que sea sincera y durable.

Luego, al oirse comparar á un pájaro cuyas canciones serán motivo de inspiraciones sublimes para el poeta Falk, ella pregunta á su amado qué hará cuando aquel ruiseñor haya entonado su última canción. Es previsora, antes de obrar en el presente, consulta el porvenir; no se fía de aquel amor que Falk le prodigará durante *mucho tiempo*; se rebela contra esas dos palabras y sacrifica su felicidad diciendo con una franqueza y una energía encantadoras: si nuestro amor debe terminar en alguna época, es preferible que sea cuando el sol de nuestra dicha brille con toda la magnificencia de un mediodía tropical. Ella, al contrario de su hermana Anita y de la señorita Skoere, no piensa en el matrimonio como en la única misión de la mujer. No espera con la resignación del cobarde la sucesión monótona de los hechos: sabe que más tarde sufrirá mucho si el amor de Falk ha de enfriarse, y ante aquella perspectiva de tristeza renuncia á ser feliz durante los primeros años de su matrimonio. Para ella la verdad es más preciosa que la dicha. Y así, con el corazón destrozado, se separan aquellos dos seres que se aman con delirio, dispuestos á la lucha por la vida y por la verdad, sin lanzar una queja contra su suerte que ellos mismos han escogido.

Svanhilda representa la humanidad que se preocupa del porvenir, no con miras ambiciosas sino con el único fin de ser más tarde lo que quiere ser, sin estar sujeta á tradiciones odiosas que entorpecen su marcha hacia aquella región encantada en donde irradia el sol de los nuevos ideales humanos.

JOSÉ FABIO GARNIER

---

## BALANZA ORIGINAL

M. Maneuvrier ha inventado una balanza que, conectada con un teléfono, denuncia la adulteración de cualquier vino. Se coloca un vaso de vino puro en un platito y uno con vino que se desea someter á prueba, en el otro. Si se produce algún ruido en el teléfono el vino contiene agua ú otras sustancias. Una aguja indica en el disco la cantidad de materia extraña al zumo de uvas que haya en el vino.

# CANTO AL TRABAJO

A DON PRÓSPERO CALDERÓN

Con tu túnica de nácar y con nimbo de topacio,  
Ya la aurora va surgiendo de su alcázar de arbol;  
Se coloran las montañas y las nubes y el espacio  
Y las crestas de los mares se abrillantan con el Sol.

Y las cítaras del bosque, todas llenas de contento,  
Cantan himnos que resuenan en la azul inmensidad,  
Y el tañido de los yunques, con su són pausado y lento,  
A la fiesta del Trabajo llama á toda la ciudad.

Se alborozan las campiñas, esos cármenes de Ceres,  
Donde fundan los labriegos la esperanza y su blasón.  
Es la fiesta del Trabajo..... Ya se abrieron los talleres  
Donde ensayan los obreros su cantar de redención.

Allí van los que naufragan en el mar de las miserias  
Y no sienten de los vicios la terrible tempestad,  
Allí van los anhelosos de vigor en las arterias,  
Allí nacen las auroras que fulguran libertad.

Oh Trabajo, tú eres nuncio de la paz y la grandeza,  
Tú trasminas las montañas do se oculta el oro vil,  
Tú destierras de las almas la inquietud y la tristeza,  
Tú redimes y ennobleces al espíritu servil.

Por tus músculos de bronce corre savia de los siglos,  
Tú demueles los imperios con tus plantas de titán:  
Las odiosas tiranías, como débiles vestiglos,  
Se derrumban á los soplos de tu aliento de huracán;

Tú saludas las auroras en el valle, en las montañas,  
Donde triunfa la herramienta del robusto montañés;  
Yo comprendo tus cantares y tus músicas extrañas,  
Yo comprendo tu grandeza, tu pujanza y altivez.

¡ Eres grande, eres vigores, eres lumbre redentora !  
Tú trasformas los eriales en lozana plantación;  
¡ Eres ala siempre altiva que les piélagos explora,  
Eres fuerza en Magallanes, eres numen en Colón.

¡ Oh Trabajo ! bajo el dombo redentor de tus talleres  
Encontraron pan y abrigo la Viudez y la Orfandad;  
En tu espléndido recinto ¡ cuántas almas, cuántos seres !  
Se han bañado en las auroras de tu excelsa magestad.

Es de noche..... Calla el yunque sus canciones magistrales,  
Mas los sabios y poetas, con ardiente inspiración,  
En las alas del Trabajo, por los campos siderales,  
Van hallando nuevos mundos en su eterna exploración.

LISÍMACO CHAVARRÍA

Setiembre, 1905

(De *La Prensa Libre*)



# ESPUMAS GRISES

(A BORDO DEL «TRENT»)

A Guillermo Coronado

La vida es un engaño.

Cuanto hay de halagador y supremamente encantado, ella nos lo ha hecho entrever.

Cabalgando en el arco iris de las soñaciones, huyen como los pensamientos de las niñas coquetas, todas las quimeras que en las horas de fiebre juvenil se conciben, mientras que el hombre, mísero esclavo de la realidad, se queda en la árida cima poblada de cactus, ¡ay! llorando las ilusiones que naufragan en el mar de negras furias.

¡Pobres ilusiones sin alas! ¡Pobres soñaciones de enfermo!



Fot. del Prof. R. Ridgway

## PIGRES

Vosotras llegáis en la edad florida á darnos, míseros islotes olvidados del mundanal murmullo, horas de esparcimiento: soís como el sonreír de una mañana de frescas brisas y de tibios rayos y, por eso, cuando os vemos desaparecer en la confusa lejanía ¡cuánto dolor y cuánta tristeza dejáis depositados en nuestra alma!

Cual imán prodigioso, cual constelación deslumbrante, cual sorprendente visión de los que aman lo bello, así os erguís en nuestra primera ruta, ensueños de la rica y siempre amena juventud.

¿Por qué todo envejece? ¿Por qué se le arrebató al corazón su lozanía, al pecho sus alborozadas palpitaciones, á la mente sus frescos ideales, al pensamiento sus creaciones vigorosas y á la voluntad sus quijotescos bríos?

Pasa, huracán del desengaño implacable, agosta, destruye, que mientras haya vida, siempre habrá esperanzas que la bríosa juventud engendra, y ¡oh dolor!, seres que sobre la desierta cima de sus ilusiones muertas, llorarán sus desengaños.

7 de marzo de 1905

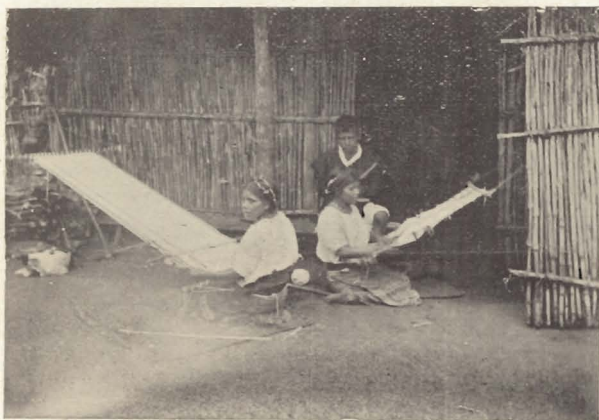
LEONIDAS BRICEÑO

# LA ESTATUA

(Traducido por Gerardo G. Castro para *Páginas Ilustradas*)

Todos los años al llegar el mes de junio, el barón y la baronesa de la Coste iban á instalarse á Marlotte. Allí posefan un castillo y un parque, y á menudo en el tren de la tarde llegaban algunos amigos, con la perspectiva de hacer largos paseos en automóvil. En cuanto comían charlaban fumando cigarrillos. Pero aquella tarde, las visitas se retiraron temprano con ánimo de madrugar para el paseo.

Sola en su tranquila alcoba, donde la pantalla rosa-amarilla de una lámpara de columna dejaba filtrar una luz discreta, la baronesita comenzaba dulcemente á desnudarse. Como ella no era de la partida, no necesitaba acostarse temprano. Sonrió al veneciano que reflejaba las gracias de sus veintiocho años, y negligentemente desabrochó su vestido de crespón pálido y su corset de satín rosa. Uno después del otro, en barrullo de tafetanes de cambiantes colores, de batistas, de valencianos y de cintas, sus vestidos cayeron derribados á sus pies con un ruido suave.



Indias de Guatemala en su trabajo de tejidos

En seguida se puso un peinador de verano, calzó sus pies con unas pantuflas que estaban tiradas sobre la alfombra, y cogió una novela á la que sólo un capítulo le faltaba leer.

Al concluir el libro, Mme. de la Coste, quedó un instante pensativa. Fatigada por el calor de un radioso día de primavera, se sintió todo aquel día cansada. Pero las horas de la noche le eran agradables y en aquel momento no tenía ningún deseo de dormir. Y tuvo la idea de apa-



gar la lámpara, para no ser vista, alzó las persianas y se asomó á la ventana.

El parque se extendía ante ella. La noche era deliciosa, llena de espesas sombras, pues la luna no había salido. Era una de esas noches perfumadas, que vierten en los corazones y en los cuerpos de los hombres, inexplicables deseos de ternura y de amor. La madre selva que surbía los muros del castillo, desprendía un perfume penetrante. El aire tenía murmurios, caricias y cosquilleos. Entre los mármoles,—náyades desnudas ó bacantes enlazadas,—cuyas blancuras se destacaban sobre los pedestales oscuros, había una atmósfera de ternura. De vez en cuando el viento agitaba las ramas altas. De repente, en el fondo de una avenida, se oyó un gemido vago, como si en la sombra, un árbol se hubiera estremecido de deseos. Después, durante un momento, un ruiseñor lleno de pasión, vertía toda su alma en un largo canto melodioso.

Envuelta en perfumes, atenta al menor ruido, con el deseo en aquellos momentos de llorar, Mme. de la Coste contemplaba el parque. La avenida principal salía del castillo, atravesaba una platabanda cespada, después se divisaban pequeños senderos azules, que desaparecían en medio de los tilos. Se adivinaban, en el fondo del parque, retiros floridos de impenetrables profundidades.

La baronesita respiraba con delicia los tibios vahos que llegaban de los pinos. Una voluptuosidad melancólica la embriagaba. Poco á poco un deseo extraño, inexplicable, se apoderaba de ella. Era una necesidad de huir en la noche, de perderse en el bosque, de confundirse con la vida instintiva de los insectos y de las plantas. Toda la seducción del misterio, toda la encantadora seducción del miedo la turbaba.

Por fin, la tentación era ya tan fuerte, que no la pudo resistir. Estando ya decidida, vió que todas las ventanas estaban sin luz. Entreabrió la puerta, toda la casa dormía. Pero al atravesar la alcoba, vió su imagen en el veneciano y se apercibió por el espejo que estaba casi desnuda. «Qué importa, después de todo . . . .?»—pensó.—«Ninguna persona me verá . . . .» Y se decidió. A tientas, como un ladrón, bajó la escalera y empujó la pesada puerta del castillo. Un instante después, se encontraba afuera, en plena noche . . . .

Entonces fué cuando sintió una especie de embriaguez. Corrió sobre el césped, y las pantuflas que la incomodaban, cayeron al instante. Ella las abandonó. La impresión de la hierba en sus pies desnudos, le agradaba. Más lejos atravesó un arroyo, un poco recogida, pues el agua le pasaba los tobillos. Se internó entre los olmos y los tilos. Allí la hierba, más alta, acariciaba sus piernas al pasar. Iba siempre buscando los senderos más oscuros, bajo los árboles más espesos. Toda el alma primitiva de un fauno vibraba en ella. A veces se detenía, anhelante, en los bosquecillos misteriosos que la seducían. Pero tan pronto como llegó, le parecía que el paraje se aclaraba. Ya no encontró el misterio que buscaba y renunció á descubrir ese sitio impenetrable y divino, que constituía el corazón mismo del parque.

De repente, la baronesita tembló. Acababa de oír un ruido de pasos, en el callejón. Dos sombras negras se aproximaban lentamente.

Eran dos invitados de su marido, dos jóvenes, seducidos también por la dulzura de aquella noche encantadora. Qué dirían ellos, si la vieran así, á aquella hora y con aquel traje? Por desgracia ellos venían justamente por el único sendero que conducía al castillo. Imposible regresar sin ser vista. Los ramajes no tenían bastante espesura para ocultarse. En un instante, la baronesita se creyó perdida.

Era necesario salir, no importaba cómo. La audacia salvaría la necesidad. Le vino una idea, desde luego vaga, casi irrealizable, que poco á poco aclaraba. Se acordó que el viento del invierno pasado había tumbado una estatua. Por qué no ocupaba ella el lugar de la ninfa derribada? El proyecto era osado, pero ella no podía escoger otros medios. Ligera corrió hacia el pedestal. Dejó sus últimos vestidos y quedó desnuda en medio de la noche.....!

El brazo derecho levantado, la pierna derecha ligeramente arqueada, y el peso del cuerpo sobre la izquierda, semejaba una diana cazadora. A diez pasos de ella, parecía una verdadera estatua. La noche bastante oscura, completaba la ilusión.

Temblando, esperaba con los ojos cerrados para no ver á los que iban á pasar. Algunos metros de césped la separaban del camino por donde los jóvenes avanzaban, fumando cigarrillos. Cuando estuvieron cerca, le pareció que su corazón no palpitaba. Uno ellos dijo al amigo: «Mirad qué lindo mármol!» Este hizo un gesto: «Sí, es viviente. Mirad ¡cómo la línea de las caderas es flexible, y cuan graciosa es la actitud...!» La baronesita sentía las miradas posadas en ella, en contorno de las curvas y enrojeció de vergüenza, de miedo y también pudiera ser, del placer al ser admirada.

Los paseantes siguieron el camino. El ruido de los pasos disminuía con la distancia. Pero cuando desaparecieron, la baronesita no se precisó por quitarse del pedestal. Confundida y al mismo tiempo embriagada por el peligro que había corrido, quedó inmóvil, temerosa, casi sin moverse para no perder la sensación extraña que la turbaba deliciosamente. Hubiera querido quedarse así por más tiempo, expuesta al perfume de las rosas y á la mirada de las estrellas. Y como permanecía en su posición, le pareció que ella misma era una estatua. Sin embargo, un minuto de reflexión la hizo volver á la realidad. Creyó que los jóvenes volverían, que pasarían de nuevo frente á ella y que era prudente no correr el riesgo por segunda vez, de ser conocida. Entonces precipitadamente bajó del pedestal y sin hacer caso de las hierbas altas que le acariciaban los brazos, á las gotitas que saltaban sobre ella cuando metía el pie en el arroyo, corrió hasta el castillo y subió las escaleras en tinieblas. Pero en cuanto estuvo sola en su alcoba, bien rebullida en su lecho, la baronesita apagó la lámpara y escondió la cara bajo las cobijas, pues se sentía llena de vergüenza y confusión.

ANDRÉ DUMAS